

yades, que sorprendidas en el baño por la mirada de otro imprudente Acteon corrían á esconder en el corazón del bosque su desnudez y vergüenza. Por lo demás, desde el borde de la plataforma donde estaban los esposos hasta la corriente del río, mediaba un abismo.

Al estar allí, Jaime se volvió hácia la mujer.

— Teresa Laynez, — le dijo con una voz á la que el sitio, la hora, el silencio daban cierta imponente y misteriosa majestad — has jugado con mi honra despedazándola tan sacrílegamente como los soldados gentiles cuando despedazaron para repartírselas las vestiduras de Cristo. Teresa Laynez, has evocado en mi pecho una tempestad de dolor.... Pues bien, la tempestad pasa y derriba.... Teresa Laynez, prepárate á morir.

La jóven no pronunció una palabra. Demasiado sabia que, lágrimas y lamentos, todo seria inútil para la voluntad de bronce del jóven, que todo lo rechazaria como rechaza una cota de hierro la punta de una daga. Llevó pues los ojos al cielo con una espresion suprema de angustia y resignacion, plegó sus manos, se arrodilló y oró. Jaime descubrió su cabeza y oró tambien.

Á los pocos minutos, el hombre se volvió hácia la muger.

— Teresa Laynez, — le dijo — has rezado ya?

Teresa se levantó sin contestar, pálida, firme, resignada.

Jaime pareció titubear entonces, una lucha cruel empezó á elevarse en su corazón, pero imponiendo silencio á sus recuerdos, arrojóse hácia la jóven, cojióla por la cintura, levantóla en alto y aproximóse con su carga al borde del abismo.

— Que Dios te perdone! — murmuró.

Y cerrando los ojos balanceó con sus brazos hercúleos el cuerpo de la hermosa jóven sobre el precipicio.

En aquel momento una voz, terrible de angustia, sonó á espaldas de la pareja.

— Detente, detente, desgraciado!

Era Fray Estevan que llegaba jadeante y que les habia seguido de lejos. Jaime se detuvo, pero no apartó á Teresa de encima el abismo.

— Absolvedla antes que muera, padre! — gritó el jóven á quien el dolor, el odio y la cólera volvian loco.

— Jaime! Jaime! — exclamó el anciano pudiendo apenas hablar por su larga carrera y acabando de trepar á la plataforma. — Jaime, tú no crees en Dios.

Laynez se estremeció y retrocedió un paso, pero sin soltar su carga.



Balancó el cuerpo de la hermosa joven sobre el precipicio.

—Padre!—esclamó.

—Tú no crees en Dios, te digo!—continuó con firmeza el fraile,—tú has olvidado ya la historia del Redentor del mundo.

Y entonces el anciano adelantándose sublime de majestad, vestido por la luz de la luna como por un rayo de resplandor divino, se acercó al borde del precipicio y colocándose frente á frente de Jaime, pronunció solemnemente estas palabras:

—Un día, al bajar Jesus del monte de los Olivos, los Escribas y Fariseos le presentaron á una mujer sorprendida en adulterio: «La ley de Moysés nos manda apedrearla», le dijeron. Jesus entonces se volvió hácia el pueblo reunido y mostrándole la mujer adúltera que estaba á sus piés: «El que de entre vosotros está sin pecado, esclamá, tire contra ella la primera piedra.» Todos se retiraron... Y entonces la mujer...

—La mujer... preguntó Jaime.

—La mujer,—contestó el religioso con la misma solemnidad,—la mujer se levantó perdonada.

Laynez depositó á Teresa sobre la plataforma.

—Perdonada!—esclamó.—Perdonada! Dios lo ha dicho!

En seguida, volviéndose hácia el fraile.

—Y ahora padre—esclamó—á Zaragoza! á defender la patria, mi única esposa de aquí en adelante. Los enemigos se acercan. Acaso el sol de mañana alumbrará ya en la llanura el ejército de Lannes. Padre, á Dios. Voy á morir por la religion y la patria.

Y Jaime se precipitó por las rocas en direccion á Zaragoza, mientras que el venerable anciano tendia su mano á la desgraciada Teresa.

Toda la nación sabe el heroico ejemplo que ofreció Zaragoza á la España y el mundo en su glorioso y memorable sitio. Los valientes defensores lucharon con el hambre, con la peste, con todos los azotes que pueden diezmar una ciudad sitiada y dispuesta á morir sepultada en sus ruinas. Segundos asacantinos, sus habitantes defendieron palmo á palmo sus hogares y las banderas francesas, las banderas imperiales, es decir, las banderas invencibles, revolcaronse muchas veces por el polvo, derribadas por la pujanza de los valerosos leones de Navarra.

El mundo entero, todo el mundo lo sabe, corrieron á las murallas para defenderlas de los valerosos leones, á los leones de Aragon. En efecto, el he-



Salto de la mujer de la lanuza por el precipicio.

— Padre! — exclamó.

— Tú no crees en Dios, te digo! — continuó con firmeza el fraile, — tú has olvidado ya la historia del Redentor del mundo.

Y entonces el anciano adelantándose sublime de majestad, vestido por la luz de la luna como por un rayo de resplandor divino, se acercó al borde del precipicio y colocándose frente á frente de Jaime, pronunció solemnemente estas palabras:

— Un dia, al bajar Jesus del monte de los Olivos, los Escribas y Fariseos le presentaron á una mujer sorprendida en adulterio: « La ley de Moysés nos manda apedrearla » le dijeron. Jesus entonces se volvió hácia el pueblo reunido y mostrándole la mujer adúltera que estaba á sus piés: « El que de entre vosotros esté sin pecado, esclamó, tire contra ella la primera piedra. » Todos se retiraron... Y entonces la mujer...

— La mujer! — preguntó Jaime.

— La mujer, — contestó el religioso con la misma solemnidad, — la mujer se levantó perdonada.

Laynez depositó á Teresa sobre la plataforma.

— Perdonada! — exclamó. — Perdonada! Dios lo ha dicho!

En seguida, volviéndose hácia el fraile.

— Y ahora padre — exclamó — á Zaragoza! á defender la patria, mi única esposa de aquí en adelante. Los enemigos se acercan. Acaso el sol de mañana alumbre ya en la llanura el ejército de Lannes. Padre, á Dios. Voy á morir por la religion y la patria.

Y Jaime se precipitó por las rocas en direccion á Zaragoza, mientras que el venerable anciano tendia su mano á la desgraciada Teresa.

Todo el mundo sabe el heróico ejemplo que ofreció Zaragoza á la España y al universo en su segundo y memorable sitio. Los valientes defensores lucharon con el hambre, con la peste, con todos los azotes que pueden diezmar una ciudad sitiada y dispuesta á morir sepultada en sus ruinas. Segundos numantinos, sus habitantes defendieron palmo á palmo sus hogares y las águilas francesas, las banderas imperiales, es decir, las banderas invencibles, revolcaronse mas de una vez por el polvo, derribadas por la pujanza de los descendientes de Lanuza.

Hasta las mujeres, todo el mundo lo sabe, corrieron á las murallas para ayudar, nobles y valerosas leonas, á los leones de Aragon. En efecto, el be-

lo sexo tomó una parte muy activa en la defensa inmortal de Zaragoza.

Un batallón de mugeres se organizó y no fué ciertamente el que tuvo que sufrir menos fatigas ni el que prestó menores auxilios.

Una mañana vivísimo fuego de fusilería, al que se mezcla de vez en cuando la voz ronca del cañón, se deja oír en la puerta de santa Engracia que es furiosamente atacada por los franceses. Los enemigos han derribado el parapeto, pero detrás se les presenta una muralla de carne humana. La mortífera metralla siembra la muerte abriendo anchos regueros de sangre por entre las filas de los defensores. Pelotones enteros de españoles caen bajo un granizo de balas, pero otros se levantan en el mismo sitio. Acuden las mugeres y recorren el sitio del combate auxiliando á los heridos, retirando á los muertos, animando á los vivos, cargando sus fusiles, llevándoles municiones....

Un jóven patriota se lanza con la bandera española que tremola en alto su mano. El ardor del combate luce en sus ojos, el amor patrio está pintado en su semblante.

— Compañeros, — grita — un esfuerzo! Salgamos contra ellos y robémosles su batería.

Y se precipita impávido. Varios le siguen, pero á los pocos pasos, una bala hiere en mitad del corazón al jóven que abre la boca para pronunciar un grito que no se oye, estiendo los brazos y cae envuelto en la bandera.

Al ver esto, los que le seguían retroceden aterrados.

Una de las heroínas del batallón de mugeres se presenta.

— Olvidais la bandera! — les dice.

Y pálida como la figura de un sepulcro, sueltos los cabellos que caen en trenzas sobre sus hombros, hermosa como el ángel del dolor que baja al campo de batalla á amortajar los muertos con sus alas, la jóven se adelanta por entre una nube de balas que llueven sobre ella, coje la bandera ensangrentada que yace sobre el pecho del cadáver y blandiéndola en los aires:

— Adelante! — grita con una voz vibrante que domina el ruido del combate; — adelante, soldados españoles, por las víctimas de Mayo!

Dice, y avanza con el mismo paso lento con que habia ido á buscar la bandera. Sus piés resbalan en charcos de sangre, las balas silvan á sus costados, los artilleros franceses vacilan en apuntar al corazón de aquella figura pálida, velada en radiante majestad, en sublime heroísmo, que se encamina hácia ellos serena, tranquila, risueña, por sobre rios de sangre y montones de cadáveres, como un ángel de divina misericordia sobre cuya frente baten protectores los pliegues del oriflama con los colores de España.

Los aragoneses al ver tanto valor, tanta decision, han movido sus pelotones como un mar agitado sus olas. Hombres, mugeres, niños, ancianos, cuantos habia en la puerta de Santa Engracia, todos se han precipitado tras la heroína cayendo sobre la batería enemiga como una avalancha que se derrumba del monte sobre el valle.

Ella ha sido la primera en llegar y plantando su bandera en un montón de piedras, se ha cruzado de brazos manteniéndose en pié á su lado, desafiando las balas enemigas, ofreciéndose por blanco.

Los sitiados se precipitan á la bayoneta; todo cede á su paso; arrollan la hueste enemiga; la batería es tomada.

Pero, ay! una bala ha ido á rasgar los pliegues de la española bandera, yéndose á sepultar en el corazón de la heroína que cae al pié del pendón nacional sin borrarse de su rostro la espresion angélica, sin desaparecer de sus labios la sonrisa tierna.

Al verla caer, un combatiente y un fraile trinitario han sido los primeros en abalanzarse hácia ella, los primeros en arrodillarse cada uno al lado del cadáver despreciando las últimas balas que pasan aun silvadoras por los aires.

— Padre, — dice el guerrero por cuyo tostado rostro se deslizan dos gruesas lágrimas, — ha muerto por la patria. Dios la habia perdonado. La sangre del martirio ha lavado su mancha.

El fraile no contestó. Alargó solo su mano trémula y bendijo el cadáver. En seguida, cojiéndole el religioso por la cabeza y el soldado por los piés, abandonaron aquel sitio y se dirigieron lentamente con su preciosa carga hácia Zaragoza.

El pueblo y los soldados siguieron en comitiva fúnebre el cadáver de la heroína que les habia dado la victoria. Algunas flores y ramas de laurel cayeron sobre su cuerpo. La nueva se habia esparcido con la rapidez con que se esparce en una ciudad una nueva semejante. La población se precipitó en tropel al paso del mortuorio cortejo, y no tardaron el religioso y el soldado en tener que atravesar por entre los apiñados grupos de la multitud. Todo eran exclamaciones de dolor, lágrimas, suspiros, bendiciones.

El fraile iba con la cabeza baja murmurando melancólico las preces de los difuntos. El soldado mostraba un rostro amargamente bañado en llanto.

— Oh! — balbuceaba, — Dios la ha perdonado!... Dios es grande y poderoso!... La mancha del adulterio ha sido lavada por la sangre del patriotismo que en bautizo regenerador ha caído sobre su frente. Oh! gracias! gracias, Dios mio! ha muerto bendecida y llorada de todo un pueblo!

Ahora bien, ya nuestros lectores habrán comprendido quienes eran esos dos hombres que llevaban lo que en la tierra quedaba de la heroína aragonesa.

El soldado era Jaime Laynez.

El religioso Fray Estevan.

El cadáver Teresa.

Mas de dos años despues de esta escena, cuando terminaba á los ojos de la asombrada Europa el espléndido poema de la independecia española, que ha ya encontrado un Tácito, pero al cual falta todavía un Homero, los religiosos gerónimos de Yuste recibian entre ellos á un compañero que iba á buscar en la soledad de su claustro la paz que faltaba á su disecado corazon.

Era Jaime Laynez. Su esposa habia muerto, su patria no le necesitaba.... solo le quedaba Dios.



LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

(CASTILLA.)

I.

BRUNO EL ANAOORETA.



UIENES son esos siete hombres que al anochecer de un dia de Diciembre de 1086, y amenazando el cielo tempestad no vacilan en internarse por los desconocidos y vírjenes senderos que conducen al corazon de la montaña?....

Costean caminos á cuyos lados se abre la boca oscura de precipicios sin fondo; por todas partes, á derecha é izquierda, se elevan grupos gigantescos de peñas, titanes del desierto, eternamente vestidos de nieve y de nubes que se forman en sus cimas: no diríase sino que son ejércitos de fantasmas allí petrificados al pasar por el soplo de Dios y que allí aguardan el fin de los siglos envueltos en sus blancos alquiceles de rozagan-